

otros con mas talento que yo, me atrevo á decir que no encontrará ninguno que se dedique con mas celo y mas paciencia que yo á un trabajo en sí tan ingrato, y al cual solo me tiene ligado la utilidad que de él se espera.—Todo cuanto me toca á mí personalmente lo dejo á la consideracion que merece de V. esta provincia en la cual me hallo, y toda la sustancia de esta larga carta se resume en la solicitud de que me deje V. hacer aquí el bien que merece esta provincia y que es lo único que me liga á ella.»

Turgot se quedó en Limoges y perseveró en su obra. Año por año estuvo representando al rey contra la opresion de la talla y sobre la necesidad de rebajarla mucho. En el primer año de su cargo dijo que su provincia estaba proporcionalmente mas recargada que las otras en la suma de 600,000 libras y pidió para el año 1762 una rebaja de 400,000 libras. Rebajósele la suma en 190,000 libras; entonces pidió para el año 1763 otra rebaja de 200,000; y cuando se le rebajaron solo para el año 1764 180,000 libras, pidió para el siguiente un alivio de 300,000, ó cuando menos de 280,000, que le fué concedido. Así, el alivio notable de las cargas de su provincia, castigada por malas cosechas y enfermedades, fué el objeto de todas sus comunicaciones al gobierno, el cual atendió en su mayor parte todas sus peticiones. Otras cargas pesadas consistian en las obras de carreteras que se hacian por prestacion personal y el servicio de carros para el trasporte de tropas. Ambas cargas abolió Turgot, encontrando medio de hacer los servicios sin perjudicar á la poblacion rural. Construyó 160 leguas de carreteras y dejó las existentes en el mejor estado; cosas hechas sin prestacion personal, que constituyeron un título de gloria para este intendente de Limoges.

El año de carestía de 1770 puso á prueba la prevision y energía de este hombre incansable. Su primer cuidado fué conservar la libertad del comercio de trigo, decretada por una real orden del mes de julio de 1764, y protegerla contra los ignorantes que pretendiendo evitar el hambre, hicieron todo lo posible para abolirla. En esta difícil empresa encontró en los escritos de Letrosne y de Morellet de la escuela fisiocrática todo un arsenal de teorías excelentes, que ya mucho antes habia sabido aplicar con sorprendente éxito, segun se ve en su circular dirigida en 15 de febrero de 1765 á los jefes de policía en las ciudades de su provincia donde habia mercados de trigo. Fué menester una exactitud enérgica en los casos de desobediencia, y gracias á ella la provincia no tuvo que lamentar las fatales consecuencias del pánico que suele declararse en los pueblos en semejantes circunstancias y comunicarse luego á la misma administracion. Otro gran trabajo le dieron la beneficencia y la higiene pública, que reclamaban incesantemente su auxilio y cuyos servicios su corazon sensible no le hubiera permitido desatender, aunque se lo hubiese aconsejado su cabeza; mas para al remedio de estos males no existian entonces obras impresas ni maestros ni ejemplos que consultar; todo lo hubo de inventar apremiado por las circunstancias que pedian una accion inmediata; y cualquier otro filósofo que no hubiese estado como Turgot obligado á mostrar actividad y que no hubiese amado el trabajo por el trabajo como aquel hombre, se habria enredado completamente en las teorías del sistema de dejar hacer, dejar pasar, que constituian la escuela fisiocrática y que posteriormente se aplicaron tambien hasta un grado reñido con la razon natural. A principios del año 1770 publicó un plan para promover la formacion de sociedades de beneficencia y de caridad, que empezaba por las palabras siguientes: «El alivio de los que padecen es un deber general y un asunto de general interés,» y puede calificarse de obra maestra de caridad previsora y circunspecta. Proponia la

formacion de sociedades compuestas de personas de posicion, de instruccion y caudal, para el alivio de la miseria por medio de los esfuerzos privados. Cada uno se abonaria por la cuota mensual que quisiera y la pagaria á un tesorero elegido por la sociedad que llevaria las cuentas de entrada y salida. Estas dádivas se destinarian á los pobres de la localidad, ya en forma de limosna para los que no pudiesen trabajar, ya en forma de jornal para aquellos á quienes la sociedad ocupara en los trabajos que le ocurriesen, como caminos, carreteras y movimiento de tierra para los hombres. Para las mujeres se podrian adquirir tornos de hilar, y donde estos no fuesen conocidos procuraria la sociedad establecer una enseñanza donde las mujeres pudiesen aprender gratis.

Proporcionóse Turgot del tesoro real un adelanto de 300,000 libras para la adquisicion de viveres como trigo, arroz y judías y para el establecimiento de sus *talleres de caridad* junto á las vías públicas. Con estos medios, y una especie de socialismo previsor, pudo pasar la poblacion pobre de su provincia aquel invierno horroroso y el malísimo verano que siguió, y aunque Turgot no pudo aliviar todas las miserias, evitó un período de hambre verdadera que de otro modo habria sido inevitable. El trabajo que tuvo, los medios de que se valió, las buenas obras que hizo á despecho de los desengaños que le dieron las circunstancias desfavorables de la época y el empedernido egoísmo de los hombres; todo esto lo refirió y comprobó con hechos y números en la relacion final que dirigió al ministro el 15 de noviembre de 1771.

Cabalmente un año antes, en 14 de noviembre de 1770, habia escrito al ministro desde el pueblo de Saint Angel una memoria en la cual tomó por base una frase que le habia dicho en Compiègne para establecer sobre ella los principios fundamentales de la nueva ciencia económica. Esta memoria fué la quinta de las siete que le habia escrito en aquel año durante su viaje por su provincia, emprendido para organizar la nueva talla en las diferentes localidades. En las siete relaciones muy largas que encontró tiempo de escribir en el camino, pudo demostrar al ministro que, á pesar del clamoreo de la multitud, de ningun modo debía cercenarse la libertad del comercio de granos que acababa de ser introducida. En la citada entrevista de Compiègne habia convenido el ministro, cediendo á sus razones, en que el libre comercio de trigos era ventajosísimo para el propietario, porque aumentaba sus ingresos, y Turgot le habia dicho que estos ingresos de los propietarios eran la prenda de todas las rentas que el tesoro sacaba del suelo patrio, y la fuente principal de toda la economía pública de las naciones.

Estos ingresos de los propietarios, expuso Turgot en su relacion, son el manantial de la mayor parte de los salarios que mantienen al pueblo bajo, porque el jornalero y el artesano no poseen mas que su trabajo; viven de los productos del suelo que han de comprar con el trabajo de sus brazos, y solo pueden comprarlos con él, ó con su representante, el dinero, que pasa á manos de aquellos que cosechan los alimentos que el pueblo consume. En resumen, la suma de las subsistencias, ó sean los valores producidos anualmente por el suelo, forma la suma de los salarios que se distribuyen entre todas las clases de la sociedad. El cultivador consume lo que necesita para vivir directamente de lo que produce, y parte el resto con el propietario del terreno; y el gasto que hacen ambos, ya sea para continuar ó mejorar su cultivo, ó para cubrir sus necesidades personales, se distribuye entre todos los demás miembros de la sociedad como precio del trabajo que han hecho, ó sea en forma de salarios. Los valores que estos últimos dan en cambio del dinero recibido, ó sea de las subsistencias que han consumido, vuelven en

una forma ú otra á manos de los cultivadores desde las cuales empieza de nuevo la circulacion cuya constancia es la condicion de la vida del Estado, como lo es la circulacion de la sangre la condicion del organismo animal; y todo lo que aumenta la suma de los valores producidos por el suelo, aumenta tambien la suma de los salarios que se dividen entre las demás clases de la sociedad; resultando, finalmente, que los ingresos de los propietarios del suelo son el único manantial del cual saca tambien el Estado sus ingresos. De cualquier modo que se cobren las contribuciones, y cualquier carácter que tengan, siempre las pagarán en último resultado los propietarios del suelo, sea aumentando sus desembolsos ó reduciendo sus ingresos.

El producto bruto del suelo no debe confundirse con el producto líquido, que es el que queda despues de haber restado los gastos de produccion. Solo de este producto líquido deben quitarse el diezmo del cura, la renta del propietario del terreno y la contribucion que exige el rey, como único fondo disponible; el resto pertenece al cultivador; es su parte sagrada que no puede tocarse sin dejar paralizado todo el mecanismo. Es preciso distinguir muy bien el cultivador del propietario del terreno; si el primero tiene capital se hace arrendatario (*fermier*), y si no tiene ninguno, se hace mediero (*metayer*) ó jornalero.

El sistema de arriendo es mucho mas ventajoso para el propietario, para el cultivador y para la agricultura misma; es el que prevalece en la Picardía, en la Normandía, en los alrededores de Paris y en casi todas las provincias de la Francia Septentrional, que son por esto mismo las mas ricas y mejor cultivadas. El sistema de parceria prevalece en el Mediodía de Francia, donde se hallan las provincias mas pobres y peor cultivadas. Pues bien, la libertad del comercio de trigo tiene la inapreciable ventaja de que el propietario del suelo y el cultivador, sea arrendatario ó mediero, salen beneficiados sin que pierda nada la poblacion rural, porque es un error que el comercio libre del trigo aumente el precio medio del grano.

Hallándose Turgot en Paris para tomar algun descanso cayó enfermo el rey Luis XV á principios de mayo de 1774 y murió el 10 del mismo mes. Uno de los primeros actos de la joven corte fué nombrar á Turgot ministro, con lo cual pareció á todo el país rasgado ya el espeso velo que hasta entonces lo habia separado de la felicidad; sentimiento que el lector comprenderá despues de lo que dejamos dicho sobre Turgot.

II

PRINCIPIOS DEL REINADO DE LUIS XVI

Hacia la noche del día 9 de mayo de 1774 empezó la agonía de Luis XV. Aguardando por instantes que espirara, estaba reunida toda la corte la mañana siguiente en los aposentos del palacio de Versalles mas distantes de los miasmas mortíferos que exhalaba la habitacion del enfermo. La gran sala llamada de la *Claraboya* estaba cuajada de cortesanos, y el palacio rodeado de curiosos. El Delfín habia dispuesto salir de Versalles con toda la familia real en el mismo instante en que el rey dejase de existir, á cuyo fin el caballero habia mandado que una de las personas que estaban en el cuarto del rey pusiese una luz encendida en la ventana y la apagase en el momento que el enfermo exhalara el último suspiro. Poco despues de las tres de la madrugada se apagó la luz, y al instante montaron á caballo los guardias de corps, los pajes y los caballeros. El Delfín con su esposa aguardaban con indescriptible impaciencia

la noticia que les habia de dar el título de reyes. Con estrépito infernal acudió el enjambre de cortesanos desde las antesalas del rey muerto á las del sucesor para ser los primeros en rendir homenaje á los nuevos reyes. Estos se arrodillaron, y hechos una mar de lágrimas exclamaron: «¡Oh Dios, guáanos y protégenos; subimos al trono demasiado jóvenes (1)!» Solo admitieron las primeras felicitaciones; enviaron órden á la Dubarry de retirarse inmediatamente á la abadía de Pont aux Dames cerca de Meaux; y á las cuatro de la madrugada, una hora despues de haber muerto el rey, estaba toda la corte camino de Choisy. En aquel palacio á la mañana siguiente Luis XVI, que á la sazón contaba 20 años, escribió una carta, su primer acto de rey, en la cual se ve toda la sinceridad del espanto y todo el sentimiento de desamparo que le dominaba al verse colocado tan repentinamente en el trono de sus mayores.

En esta carta fechada: Choisy 11 de mayo de 1774, decia el joven rey: «En medio del justo dolor que me agobia, y que parte conmigo todo el reino, cargan sobre mí grandes deberes. Soy rey, y este nombre encierra todas las obligaciones que pesan desde hoy sobre mí; pero no tengo mas que 20 años y me faltan muchos conocimientos indispensables. Además no puedo hablar con ninguno de los ministros, atendido que todos han estado en contacto con el rey durante su enfermedad. La conviccion que tengo de vuestra honradez y de vuestro profundo conocimiento de los negocios me determina á suplicaros que me ayudeis con vuestros consejos. Venid tan pronto como podais y tendré en ello gran satisfaccion.» Esta carta régia era de lo mas confidencial, íntima y secreta que podia ser, como se comprende desde luego, por cuya razon era deber de toda persona que la conociese guardar reserva sobre ella; pero á pesar de esto llegó muy pronto á manos de redactores de periódicos que se dieron prisa á publicarla; y en 15 de mayo de 1776 la insertó el canceller Maupeou en su *Journal Historique*, del cual hemos extractado ya varios párrafos.

El rey habia destinado esta carta al ex-ministro Machault, hombre de honradez incorruptible, que se habia distinguido desde 1745 hasta 1754 como inspector general de hacienda, y que despues como ministro de marina habia prestado hasta primero de febrero de 1757 eminentísimos servicios al Estado, recompensados por cierto con la ingratitud mas negra. De este hombre que á la sazón contaba 73 años, y cuya honradez y cuyo profundo conocimiento de la historia eran notorios, podia esperar el rey efectivamente valiosos consejos; pero la carta escrita para él fué enviada al conde de Maurepas, que tenia exactamente la misma edad y vivia en el destierro lejos de la corte y separado de todo empleo desde mayo 1749; es decir desde hacia 25 años, no habiendo conocido jamás al Delfín, ni á su esposa, ni tenido relacion alguna con ellos. Cualquiera que hubiese dicho que este hombre se habia distinguido cuando era secretario de Estado, por su formalidad ó por su conocimiento exacto de los negocios, habria pasado por un ignorante ó por un burlon malicioso. Sus versos mordaces, calumniosos y denigrantes le habian atraído el oído de la Pompadour, y Mirabeau el mayor, le llamaba *el loro viejo de la regencia*. Con esto basta para calificar al sujeto y para probar que jamás pudo ser hombre de Estado; de suerte que nadie comprendió cómo habia podido ser llamado por el rey, excepto en el palacio de Choisy, donde se sabia cómo habia sucedido el *quid pro quo*. El joven rey, como hemos dicho, habia escrito la carta para el ex-ministro Machault y la habia mandado llevar á

(1) Véanse las *Memorias sobre la vida privada de María Antonieta por la señora CAMPAN*, tercera edicion francesa, Paris 1823, tomo I., 77 y 78.